

Imaginar otras vidas

PENSAMIENTO HERDER

Dirigida por Manuel Cruz

TÍTULOS PUBLICADOS EN ESTA COLECCIÓN

- Fina Birulés** Una herencia sin testamento: Hannah Arendt
Claude Lefort El arte de escribir y lo político
Helena Béjar Identidades inciertas: Zygmunt Bauman
Javier Echeverría Ciencia del bien y el mal
Antonio Valdecantos La moral como anomalía
Antonio Campillo El concepto de lo político en la sociedad global
Simona Forti El totalitarismo: trayectoria de una idea límite
Nancy Fraser Escalas de justicia
Roberto Esposito Comunidad, inmunidad y biopolítica
Fernando Broncano La melancolía del ciborg
Carlos Pereda Sobre la confianza
Richard Bernstein Filosofía y democracia: John Dewey
Amelia Valcárcel La memoria y el perdón
Judith Shklar Los rostros de la injusticia
Victoria Camps El gobierno de las emociones
Manuel Cruz (ed.) Las personas del verbo (filosófico)
Jacques Rancière El tiempo de la igualdad
Gianni Vattimo Vocación y responsabilidad del filósofo
Martha C. Nussbaum Las mujeres y el desarrollo humano
Byung-Chul Han La sociedad del cansancio
F. Birulés, A. Gómez Ramos, C. Roldán (eds.) Vivir para pensar
Gianni Vattimo y Santiago Zabala Comunismo hermenéutico
Fernando Broncano Sujetos en la niebla
Gianni Vattimo De la realidad
Byung-Chul Han La sociedad de la transparencia
Alessandro Ferrara El horizonte democrático
Byung-Chul Han La agonía del Eros
Antonio Valdecantos El saldo del espíritu
Byung-Chul Han En el enjambre
Byung-Chul Han Psicopolítica

Remo Bodei

Imaginar otras vidas

Realidades, proyectos y deseos

Traducción de
Maria Pons Irazazábal

Herder



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Título original: Immaginare altre vite. Realtà, progetti, desideri

Traducción: Maria Pons Irazazábal

Diseño de la cubierta: Stefano Vuga

© 2013, Remo Bodei

© 2014, Herder Editorial, S. L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-3378-8

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso de los titulares del Copyright está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Imprenta: Liberdúplex

Depósito legal: B-22.389-2014

Printed in Spain - Impreso en España

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

1. VIDAS IMAGINADAS	13
Recordatorio	13
El inicio de una nueva historia	14
Entre dos extremos	16
Orientarse hoy	17
Imaginar la vida de los otros	18
Horizontes de inteligibilidad	22
¿Quién querría ser?	24
Fantasear ocioso	26
<i>Navigatio vitae</i>	31
<i>Notas</i>	33
2. ASCENSOS, CAÍDAS, RESURRECCIONES	45
El último elefante	45
Despega tu imagen del espejo	48
Crecer sobre sí mismos	50
Extraviarse en el ascenso	54
Redenciones	58
La impotencia para expresar los deseos	64
Imitación y creatividad	70

Ser los propios posibles	74
Los fósiles del pasado	77
El núcleo intangible	78
La prehistoria del sujeto	81
<i>Notas</i>	87
 3. FANTASÍAS DE ALTERIDAD	101
De perfil	101
El rosa y el negro	105
Licencia para inventarse	108
Una segunda vida	110
Un paso hacia el mundo	112
Entre rejas	113
Atopía	116
La patria desconocida	118
Dañar el cerebro de los hombres	120
<i>Notas</i>	122
 4. OTRO LUGAR, OTRO TIEMPO	131
El soldadito de plomo	131
<i>Ubi consistam</i>	133
El cogito tácito	135
Los traslados del yo	138
Pensamiento insomne	139
Necesidad de lo virtual	142
Entre presencia y ausencia	145
Vasijas agujereadas	148
Imaginación y juicio	152
De los <i>maîtres à penser</i> a los <i>maîtres d'existence</i>	154
<i>Notas</i>	160
 5. EL PODER Y LA GLORIA	171
Un abanico de tipologías	171

Héroes de la victoria y de la derrota	172
Genealogía de la gloria	175
Vidas ejemplares	178
¿El fin de una ilusión?	182
La contribución de los sargentos	189
<i>Notas</i>	192
 6. HOMBRES INFAMES	 203
Como las hojas	203
Vidas imaginarias	206
Héroes anónimos	208
Emancipar a través del Terror	210
Obediencia y muerte	216
<i>Corruptio optimi pessuma</i>	220
Héroes de vida	222
<i>Notas</i>	225
 7. LA VIDA MÁS DESEABLE	 233
Santos y mártires	233
Los brillantísimos astros	237
De la eternidad hasta aquí (y ahora)	241
<i>Notas</i>	245
 8. FAMA Y RECONOCIMIENTO	 249
Hacerse un nombre	249
Vivir no es suficiente	251
El nuevo imaginario	256
Repertorios de la fantasía	258
La carrera de la vida	261
Deseo de reconocimiento	265
Interacciones simbólicas	271
El deseo de ser tenido en cuenta	272
<i>Notas</i>	275

9. VIDAS PROVISIONALES	289
Mediocridad	289
Las aristas de la realidad	298
Vulnerabilidad de la masa	301
La calidad de las personas	303
Democracia y riqueza	308
De camino hacia la realidad	310
Convergencias y vías de escape	314
Prepararse para lo imprevisto	318
La verdadera realidad de las cosas	326
<i>Notas</i>	329
Índice de nombres	347

A la memoria de los maestros que tuve la fortuna de encontrar en los años de mi formación: Arturo Massolo, Giorgio Colli, Armando Saitta, Eric Weil, Ernst Bloch, Arnaldo Momigliano, Norberto Bobbio.

Como ocurre en otros libros míos, el texto es independiente de la abundante bibliografía, que desarrolla una triple función: proporcionar a las ideas y a las argumentaciones una correspondencia filológica que las haga fiables, ofrecer una mayor profundidad de campo a las cuestiones que se van tratando y sugerir nuevas líneas de investigación. Quien no tenga interés o curiosidad suficientes para la slow reading y para estas implicaciones, puede prescindir de ella y disfrutar de la ventaja de una lectura más fluida; a tal efecto, las notas no están colocadas a pie de página, sino al final de cada capítulo.

1. Vidas imaginadas

Recordatorio

A menudo tendemos a olvidar que somos huéspedes de la vida. Nacemos sin quererlo ni saberlo en un determinado tiempo y lugar y, sin quererlo ni saberlo, el cuerpo que hemos recibido en herencia biológica despliega espontáneamente sus admirables y a veces terribles procesos: la sangre circula, las glándulas segregan hormonas, el pelo y las uñas crecen, y millones de glóbulos blancos se inmolan por nosotros para combatir las infecciones. Todo esto se produce independientemente de nuestra voluntad, de nuestra conciencia y de nuestra memoria, del mismo modo que involuntario, inconsciente y olvidado fue nuestro nacimiento.¹

Somos huéspedes de la vida precisamente porque estamos insertos en procesos automáticos: la vida se reproduce y se mantiene a través de elaborados sistemas de autorregulación, tanto si se trata de nuestro organismo como si es una bacteria o una brizna de hierba. Debemos redescubrir la maravilla por medio de la naturaleza que, dentro y fuera de nosotros, nos determina y nos guía sin reflexión, y sentir de nuevo el asombro que esta experiencia elemental ha suscitado en los hombres a lo largo de milenios, alimentando religiones, filosofías y literaturas.

El hecho de que dependamos de potencias inconscientes o superiores a nosotros, que actúan sin nuestro consentimiento y que marcan en parte nuestro destino, no significa que debamos entregarnos a ellas pasivamente. Al contrario, toda la evolución de nuestra especie representa el esfuerzo por emanciparnos de su dominio directo, por interrumpir la inmediatez del instinto, por educar y poner freno a las pasiones a través de la consolidación de la voluntad, por incrementar los conocimientos gracias a la experiencia y a la reflexión, por aprender a remontar el curso del tiempo a través de la memoria.

Las civilizaciones han ido cultivando a los seres humanos hasta apartarlos progresivamente de la dependencia, considerada durante mucho tiempo obvia e insuperable, de algunos de estos mecanismos espontáneos. Por último, las nuevas fronteras de la investigación médica y biotecnológica han procurado a la humanidad un nuevo suplemento de antidesestino, superando límites impensables: el trasplante de órganos, la reproducción asistida, la curación de muchas enfermedades genéticas. Precisamente gracias a esos logros, la percepción de nuestra dependencia de la naturaleza ha disminuido a menudo hasta el punto de que la mayoría prácticamente la hemos olvidado (solo nos acordamos de ella, con injustificada sorpresa, en las situaciones de emergencia, cuando nos azotan epidemias o cataclismos).

El inicio de una nueva historia

De nuestro nacimiento no recordamos nada. Entre el momento de venir al mundo y la conciencia de estar en él hay un hiato, un vacío que tratamos de colmar sin lograrlo nunca. Vivimos un tiempo sincopado, dividido en dos por una cesura que separa la fase del primer crecimiento olvidado e irreflexivo de la fase de toma de conciencia y del despliegue de la memoria.²

Si bien es cierto que cada individuo constituye una novedad inimitable,³ empieza una nueva historia en cuyo centro se sitúa inevitablemente, también es cierto que se encuentra ante una realidad ya construida. No obstante, venir al mundo no significa caer en un contenedor inmóvil e indiferenciado, sino entrar a formar parte de un orden complejo y cambiante, compuesto por instituciones, poderes, saberes, reglas y tradiciones de duración muchas veces milenaria. Orientándonos en la realidad a través del aprendizaje de la lengua, la adopción de modelos culturalmente transmitidos, la inserción en la familia y en los sistemas educativos, económicos, religiosos, políticos y culturales vigentes, todos estamos obligados, con mayor o menor conciencia, a recorrer a marchas forzadas el camino de la civilización a la que pertenecemos, casi recapitulándolo según nuestra perspectiva personal.

Este itinerario no lo recorre el individuo en soledad: hereda un mundo que le resulta relativamente homogéneo, porque forma parte de una generación, de una «cohorte» de individuos que nacen, crecen y se desarrollan juntos.⁴ Situándose en la intersección entre biografía e historia, compartiendo con los coetáneos vicisitudes históricas semejantes (de forma distinta a las otras tres o cuatro generaciones que le son contemporáneas), cada persona recibe un *imprint* causado por las experiencias vividas en los años en que se forma. Cada generación se inserta en una comunidad de vivos que descienden de una larga secuencia de muertos, comparte el destino de su tiempo y se prepara para engendrar a su vez una nueva oleada de vivos. Como eslabones de una cadena, intermediarios entre el pasado y el futuro, vidas provisionalmente encajadas entre los muertos del pasado y los del futuro, los individuos viven su existencia en el breve tiempo que les ha sido concedido sin lograr captar su sentido global. Por lo general, se limitan a poner el piloto automático, esperando ser guiados sin excesivos bandazos o cho-

ques traumáticos. Sin embargo, para «merecer el propio nacimiento», cada individuo ha de llegar a ser contemporáneo de sí mismo, ha de aprender a orientarse con suficiente conciencia especialmente en la elección del camino que ha de tomar en la vida. Como dice el joven Descartes: *Quid vitae sectabor iter?*⁵

Entre dos extremos

La filosofía y el sentir mayoritario han privilegiado por lo general el momento de la muerte y han reducido el nacimiento a una cuestión de obstetricia, de separación en el parto de dos cuerpos, el de la madre y el del niño;⁶ o bien, al modo de Lucrecio, a un trágico naufragio (en la variante agustiniana: a ser «arrojados a los flujos del tiempo», y en la nueva versión realizada por Heidegger, a un «estado de yecto», *Geworfenheit*),⁷ que no afecta solamente al momento de venir al mundo: la desorientación existencial se prolonga a lo largo de toda la vida, comprimida entre las dos márgenes de la finitud, el nacimiento y la muerte.⁸

Desde el punto de vista histórico y cultural, es fácil intuir cuál es la razón para preferir la muerte al nacimiento. Todas las religiones y las concepciones del mundo hunden sus raíces en la experiencia común de la muerte ajena y de la espera de la propia, pero ha sido la filosofía occidental, de Platón a Heidegger, la que ha situado la preparación para la muerte en el centro de sus meditaciones. *Melete thanatou*, *Respice finem*, *Sein-zum-Tode* han sido durante mucho tiempo sus consignas, a las que se han opuesto esporádicamente algunos pensadores, como Spinoza, que consideran la filosofía «meditación de la vida, no de la muerte».⁹ Se ha sacrificado así la natalidad a la mortalidad, aunque el propio Lucrecio, para eliminar el miedo y las supersticiones sobre el más allá, estableció la simetría entre la nada que

hubo para nosotros antes del nacimiento y la nada que habrá después de la muerte¹⁰ (confinando así la vida humana entre dos naufragios, el segundo más dulce que el primero, ya que interrumpe los inevitables sufrimientos a los que en cualquier caso estamos sometidos).

Orientarse hoy

He querido rememorar brevemente los rasgos esenciales de la existencia del hombre a fin de crear el trasfondo necesario para resaltar la especificidad de la pregunta que, reformulada, se presenta necesariamente en nuestra época y en nuestra cultura: ¿cómo orientarse y situarse en el mundo sobre la base de ciertos modelos, criterios e imágenes de una vida mejor?

En el pasado, los individuos estaban encapsulados en una multiplicidad de esferas tendencialmente concéntricas y cerradas (familia, linaje, corporación, Estado, Iglesia). Abandonando esa estructura jerárquica y situando al individuo en la intersección de círculos sociales excéntricos, intersecantes y de límites inciertos y cambiantes, las sociedades contemporáneas han favorecido y acentuado su autonomía y diferenciación.¹¹ En los regímenes democráticos, sobre todo, esa mayor libertad le permite llegar a ser tanto más él mismo cuantos más rasgos de universalidad compartidos con otros engloba y cuanto más amplía el abanico de posibilidades a las que puede aspirar (su personalidad podría compararse a las largas combinaciones alfanuméricas de una caja fuerte, cuyos elementos son comunes, pero cuya composición, si es suficientemente compleja, puede resultar única).

Hasta hace unos pocos decenios, para quien podía permitírsela, la educación era bastante uniforme, regida por cánones relativamente consolidados que transmitían modelos para imi-

tar. Orientarse y encontrar el propio camino no solo resulta hoy más difícil que en las generaciones anteriores sino que además presenta una dificultad distinta. Los motivos los conocemos todos: la multiplicación y polinización recíproca de módulos culturales pertenecientes a civilizaciones antes separadas –debido al desarrollo de los medios de comunicación de masas y a las migraciones masivas de poblaciones de lengua y tradiciones diferentes–, el aumento de la división del trabajo y su escasez, el rápido despliegue de los conocimientos tecnicocientíficos, la pérdida de prestigio de la educación humanística y la mayor fragmentación de las sociedades.

Imaginar la vida de los otros

Por lo general, nunca nos ha parecido suficiente ser lo que somos: falta algo y los deseos van en su busca. Para huir de los horizontes estrechos en los que está confinada nuestra vida, nos servimos de la imaginación como antídoto de la pobreza y de la finitud de toda experiencia individual. Tratamos de recuperar, al menos en parte, aquella riqueza de posibilidades a la que tuvimos que renunciar al ir podando una tras otra las sucesivas ramas laterales de nuestro ser, borrando así, con el crecimiento, aquellos esbozos de «yo» que habrían podido consolidarse y conseguir su permanencia. Cada crecimiento es una pérdida: como decía Bergson, «la ruta que recorremos en el tiempo está jalonada de trozos de lo que comenzábamos a ser, de todo lo que habríamos podido devenir».¹²

Sin embargo, gracias a la imaginación, cada uno puede vivir otras vidas, alimentadas no solo por el encuentro con personas y situaciones reales, sino también con modelos vehiculados por textos literarios y por los medios de comunicación. A través de ellos intentamos, por una parte, poner remedio a la dependen-

cia de condiciones no elegidas, que se han vuelto necesarias y ya irremediables, pero que a posteriori parecen casuales (lugar y fecha de nacimiento, cuerpo sexuado, familia, lengua, comunidad), y, por la otra, combatir la progresiva reducción del cono de posibilidades que se produce con el paso de los años. Literatura, teatro y experiencia reflejada a través de la filosofía o de la historia nos hacen partícipes de las infinitas combinaciones de sentido que los inevitables límites históricos y geográficos de la existencia individual hacen, de hecho, inaccesibles.¹³

A partir de la infancia, los cuentos, los relatos de viaje y de aventuras, la poesía, las novelas, los libros de historia, los textos filosóficos, el teatro, el cine, la televisión, internet (o, a nivel popular y en épocas diversas, las canciones, los folletines, los tebeos, las fotonovelas y los videojuegos) nos sacan del encierro en nosotros mismos, nos muestran las infinitas posibilidades de la existencia y, activando gérmenes que existen en nosotros pero que no son visibles, revelan las placas fotográficas de nuestro paisaje interior.¹⁴

Hoy, además, ha aumentado enormemente el peso de la literatura, de los medios de comunicación y de las imágenes capaces de ofrecer un amplísimo y articulado repertorio de vidas y de experiencias, y de fecundar incesantemente la identidad de cada uno. Madame de Staël afirmó en su momento que ya no experimentamos nada que no nos parezca haber leído en alguna parte.

Con la extensión de la alfabetización, de los medios audiovisuales y de los instrumentos de comunicación a distancia (accesibles incluso para quien no sabe leer ni escribir: siete de cada diez casas del planeta tienen televisión y casi dos mil millones de personas están ya conectadas a la red y poseen un ordenador, un *smartphone* o un iPad), el catálogo de las vidas paralelas accesibles a la imaginación implica a muchísimos hombres, mujeres y niños, cuya forma de percibir, de pensar y

de actuar transforma.¹⁵ El hecho de que, con los nuevos o con los viejos medios, se entre en contacto, además de con personas y situaciones reales, también con personajes y hechos ficticios no invalida su carácter ejemplar. Al permitir que el mundo irrumpa en las casas, el teléfono, la televisión y los ordenadores han creado una interfaz: como en la banda de Möbius de la topología, la dimensión pública y la privada, antes rígidamente separadas, se intercambian, se tornan virtualmente indistinguibles. En el individuo se aflojan y se hibridan las fantasías del hogar, los vínculos con la familia y con el lugar de origen.

Habría que preguntarse en qué medida las actuales dinámicas de la globalización, con una movilidad mayor de las personas, inciden en la contaminación de los imaginarios y en la conducta real de pueblos enteros, en la escenificación diversa de las expectativas de vida de cada uno y en la creación de comunidades virtuales (los *global bywatchers* de la CNN, los emigrantes de un determinado país esparcidos por todo el mundo, que sin embargo se mantienen en contacto entre sí a través de revistas, centros culturales, correo electrónico o Skype, y envían a su patria una parte de sus ganancias a través de la Western Union).

Concretamente, en la estructuración del sí inciden poderosamente el teléfono móvil, internet, Skype, Facebook o Twitter, puesto que hasta hace poco los instrumentos de comunicación (libros, cartas, telégrafo, cine, radio, televisión) eran, con excepción del teléfono fijo, sustancialmente monológicos y con respuesta diferida, mientras que los nuevos medios son dialógicos y ponen instantáneamente en contacto a las personas de cada localidad, incluso visual y virtualmente.¹⁶ Esos instrumentos estrechan más las relaciones entre los individuos (muchas veces quizá más rápidas, manidas y superficiales, carentes del valor añadido de la presencia física de los interlocutores), trans-

formando a cada uno en encrucijada de mensajes dentro de una espesa red de relaciones que le permite no solo consolidar los vínculos afectivos o cuidar de los intereses comunes, sino también poner en tiempo real los compromisos y programas personales y, sobre todo, apuntalar y revisar la propia identidad mediante una serie de frecuentes reposicionamientos.

Igual que muchas experiencias directas, la lectura o el teatro abren las puertas de nuevos mundos, oxigenan la mente, inoculan ideas, pasiones y sensaciones que de otro modo nos estarían vedadas o nos resultarían inconcebibles, desenfocadas o malinterpretadas. Al situar temporalmente al lector «al abrigo de la vida real», le introducen en una especie de «laboratorio de las emociones», que actúa como «atajo» para experimentar estados de ánimo que de otro modo no habría podido experimentar.¹⁷

Leyéndolos o viéndolos representados, concedemos a menudo un nuevo significado a hechos que no habíamos entendido de forma inmediata. Retomando fuera de contexto los versos de T.S. Eliot, podríamos decir que de muchas cosas «tuvimos la experiencia pero no captamos / el significado / y el acercamiento al significado restaura / la experiencia / en forma diferente».¹⁸ Se trata de ese saber móvil, plástico, variado, reformulable, tácitamente presupuesto –tejido de ideas, de criterios de selección, de memoria, de sentimientos y de expectativas– que se elabora y se estratifica en el tiempo y que orienta a cada uno en la realidad: un saber a veces impalpable y huido, no porque sea inefable, sino precisamente porque, como en el caso del individuo, hay demasiado de que hablar y nunca acabaríamos.¹⁹

No es necesario identificarse con la mentalidad, las gestas o las actitudes de autores o personajes cuyas empresas se leen o se oyen. Basta con que estas amplíen la extensión y el alcance de nuestra humanidad común.²⁰ A través de ellas revivimos y comprendemos de forma más nítida el fanatismo religioso, el amor

llevado hasta el sacrificio, la sed de venganza, la ambición o el deseo de gloria. Incluso la descripción de atmósferas cotidianas poco llamativas enriquece nuestra sensibilidad y hace que prestemos más atención al mundo de las cosas próximas, ante las que por lo general nos comportamos distraídamente:

Un perfume de glicinias en primavera en una calle de París, el olor de la lluvia en octubre sobre el hierro de los balcones, el aroma de hierba quemada en los campos, una droguería de pueblo que huele a pimienta y naftalina.²¹

El contacto entre compartimentos de sentido antes alejados genera iluminaciones profanas, mentales y emotivas, que se reflejan en la identidad de cada uno. En los mejores casos, respecto a la vida realmente vivida, las vidas imaginadas resuenan como los armónicos naturales en la música, vibraciones que acompañan la nota fundamental, enriqueciendo su timbre.

Horizontes de inteligibilidad

Si bien es lícito presuponer un fondo común de pulsiones primarias, de deseos y de nociones elementales compartidas por todo el género humano,²² esos núcleos psíquicos aparentemente naturales sufren obviamente múltiples, intrincadas y contrapuestas elaboraciones histórica y geográficamente determinadas y a menudo lejanísimas (y hasta ajenas) respecto al horizonte de inteligibilidad normal de cualquier cultura específica. Dadas estas premisas, ¿es posible unirse a la gama de las experiencias ajenas, construir la propia identidad a través de la frecuente confrontación con la alteridad, forjarse una historia personal para hacerla vibrar justamente como armónicos naturales en contacto con una pluralidad de historias colectivas? Sí, pero solo